

Desandar lo andado

El trabajo creativo de Manuel Silva Acevedo se inscribe en esa irreverente, desmitificadora y dramática escritura de buena parte de la poesía chilena.

JAIME QUEZADA

Pertenciente a una generación que ha tenido sus emergentes avatares y su diezmada década, Manuel Silva Acevedo (Santiago, 1942) sorprende, de tarde en tarde, con un nuevo libro poemático digno de interés y de lectura. Autor de obra significativa y relevante, aunque mucha de ella parezca efímera por sus ediciones casi clandestinas, casi artesanales, y marcada por el signo de los tiempos: *todo hombre duerme a la vera de su estampida*. Suficiente, sin embargo, para dar nombre a un poeta que tiene resuelta palabra y conciencia de su oficio.

En este oficio cinco o seis libros lo demuestran (**Lobos y ovejas**, 1978; **Mester de bastardía**, 1977; **Montes de Venus**, 1979; **Terrores diurnos**, 1982) como un autor largamente acosado por una escritura de calvario y/o salvación. Ahora confirma su definitiva escritura en **Desandar lo andado** (Ediciones Cordillera, Ottawa, Canadá, 1988, 120 pp.), libro como de nuevo o como no visto. Antología personal puede ser de buenas a primeras. Es decir, una selección (o autoselección) de aquellos poemas rescatables en su trascendencia y en su vivencialidad. Tarea de aventar que no resulta siempre fácil.

Pero **Desandar lo andado** constituye, no sólo por su título, también por el ordenamiento de sus textos, un libro nuevo —de toda novedad— en la obra poética de nuestro autor. ¿Un volver atrás en el camino en este desandar lo andado? Más bien un revisar oficiosamente y con afanes de rigor toda una tarea de veinte años de creación literaria: desde **Perturbaciones**, aquel libro primero de 1967 a **Palos de ciego** de 1987. Más que el autor, tal vez es el tiempo el que ha beneficiado esta exigente selección.

Desandar lo andado muestra así la poesía de un Manuel Silva Acevedo ya decantada y escueta de **Terrores diurnos**, **Monte de Venus** y **Lobos y ovejas**, las tres secciones que dan forma y organización al libro. Con excepción de esta última, que mantiene su unidad original sin alterar texto alguno, las otras dos secciones se funden y refunden en una especie de trasvasijamiento de poemas de libros anteriores del autor. **Monte de Venus**, por ejemplo, ya no es la misma Venus ni el mismo monte que se conoció en 1979, cargado entonces de gesto irónico y desamor. Se arma ahora una sección con aquellos temas más perdurables del sentimiento de lo amoroso; en su eros

y en su complicidad y relación de vida-amor.

Cosa semejante ocurre con los poemas incluidos en **Terrores diurnos**, varios de los cuales formaron parte de **Mester de bastardía**, ese notabilísimo y tan poco nombrado y renombrado libro de 1977. Se quiere entonces —y por ahora— hacer de toda una obra un libro único y definitivo. Dejar, en este desandar, en la vera del camino, lo no rescatable al momento del recuento. Labor, por cierto, no siempre objetiva. Faltan aquí, verbigracia, textos antológicamente imprescindibles: *Diluvio universal*, *Malthus*, *Caballero a solas*, y que fueron en su circunstancia el mester de bastardía inevitable de su autor.

Así y todo, este desandar lo andado es una muestra cabal en el desgaje del oficio de Silva Acevedo: *Me muero de nostalgia de un algo y un lugar... / Me pulsan ondas doloras, la memoria latente*. El fundamento también de una poesía caracterizada por lo alegórico y lo existencial,

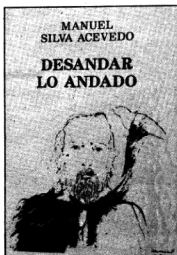
pero carroñeras, y se cierre con otro dedicado a los lobos y las ovejas, en la mansedumbre de éstas y en la avidez de aquéllos. Alegoría de la antifábula (*Mis apacibles hermanos del reino animal*) donde lo animalesco no tiene otra moraleja que franciscana relación con el hombre-prójimo.

No está ajena esta poesía a situaciones descarnadas y anecdóticas (anécdota sólo como referencia de situaciones de realidades e irrealidades), muchas veces cargadas de lo cruel y lo de humor negro, donde la historia materia del poema alcanza su relevancia y plenitud. El tratamiento mismo del amor altera en el poema las relaciones convencionales en un contradictorio amor-desamor. Tan pronto el personaje es una Nena infamemente caprichosa, una buscona empedernida, una vampirosa que engorda como una chinchilla; pero también una Diosa de la tierra después de haberte hecho el amor.

Si un Nicanor Parra (*Señoras hay que parecen jardines ingleses, / pero en verdad son selvas enmarañadas*) o un Enrique Lihn pudieran verse en las atmósferas y de tratamientos de algunos de estos textos, no le quita mérito a una poesía que bien ha sabido nutrirse de aquellas estimulantes aguas. O dicho generacionalmente: Manuel Silva Acevedo se inscribe en esa irreverente, desmitificadora y dramática escritura de una buena parte de la poesía chilena: *No tengo por costumbre abrir las alas. / Qué alas voy a abrir si están quebradas*.

La dramaticidad de esta poesía, muchas veces en un lenguaje de verso-parábola o de verso-oracional, adquiere su proyección y potencia en la deslumbrante visión apocalíptica que el poeta se plantea como señal de peligro inminente: *El mar habrá de arder como si fuera sangre. / La sangre habrá de arder como si fuera lava*. También un campo de cenizas, la garganta ahogada en vinagre, las cordilleras precipitándose al abismo.

En medio de esta hecatombe de la brisa radioactiva, hay rostros que desaparecen y que *nunca más suelen verse en las cervicerías*. Una nostalgia de lo que fue y de lo que será. **Desandar lo andado** revela, pues, el texto certero, breve y epigramático de su autor. Y el poema de aliento intenso cargado de ironía y vida humana. El hombre en su simulacro y su vaciadero, y en su verdad y su desnudez: *Reclamo mi derecho a la cruz. ¿Calvario o salvación? Lo uno y lo otro, en lo doloroso y lo precario, y en su esparanzada mansedumbre*. Tal es la ritualidad y la liturgia de esta valiosa poesía. ■



por las cotidianidades y su autoinmolación en los ritos y los terrores diurnos, por la mansedumbre y el acercamiento a la projímia, por el amor en cuerpo y en sentido de la pareja humana y en su campo de amar bellamente erótico, y, en fin, el recurso de lo grotesco con el pobre hombre vuelto espectáculo de sí mismo (*La mujer llora por el hombre / el hombre llora / con su propia cabeza bajo el brazo*) y lo vivencialmente volcado a situaciones dramáticas en lo doloroso y lo precario (*Qué dolor estos caminos/ solitarios*).

En este reordenamiento temático de la poesía de Manuel Silva queda, curiosamente, al descubierto la constante zoológica que marca la obra toda. El mismo autor se pone ya en guardia y lo dice en un poema: *Mi palabra y mi sueño / son un mismo tema de animales*. Y este tema va de la fiera mayor —el león— al más pequeño ácaro, el gorgojo. No es casual, tampoco, que el libro se abra con un texto dedicado a las águilas, aves de hermoso vuelo